
EXPOSICION DEL DR. SERGIO RAMIREZ

En el Congreso sobre el Pensamiento Político Latinoamericano realizado en Caracas, Venezuela en Celebración del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar.

NICARAGUA, la primera frontera.

La revolución sandinista surge en Nicaragua como respuesta histórica a una doble situación de injusticia secular en lo interno, y de sujeción a los intereses imperiales de Estados Unidos, en lo externo. Ambas condiciones, injusticia y dominación, están íntimamente entrelazadas en la historia de Nicaragua, y en la del continente latinoamericano; por lo tanto, también podemos afirmar sin ninguna duda, que la revolución sandinista es una respuesta latinoamericana, o parte de una respuesta histórica latinoamericana, a la injusticia y la dominación.

De esta experiencia, y de esta realidad, surge un pensamiento propio que se elabora en el seno de la historia de Nicaragua, que alcanza su definición en el pensamiento de Sandino a lo largo de la guerra de resistencia nacional en contra de la ocupación norteamericana, y que se define, con la conquista del poder y a través de la lucha para la conquista del poder.

Es un pensamiento que no es ajeno, de ninguna manera, a las concepciones científicas modernas del mundo y de las luchas sociales, pero que desarrolla sus raíces en la propia carne de la historia nicaragüense y se nutre de nuestra propia nacionalidad, y del empeño histórico constante por defender y rescatar esa nacionalidad, avasallada y amenazada precisamente por las ocupaciones militares yanquis, y por la complicidad que las clases dominantes prestaron siempre a esas ocupaciones que se inician

en 1855. Es precisamente en la fragua de esa contradicción entre dominación imperial y lucha por la nacionalidad y la soberanía, esencia del pensamiento sandinista, que se forja todo el pensamiento de la revolución, que no se presenta como una elaboración, o elucubración teórica, sino como el resultado de una experiencia permanente y decisiva para la sobrevivencia de la nación nicaragüense misma. La conquista del poder revolucionario resuelve en una primera fase esa contradicción en favor de la nación, y del pueblo de la nación nicaragüense; y ahora, si la revolución es amenazada desde fuera y se intenta la neutralización y destrucción del proyecto revolucionario, que es un proyecto nacional histórico, es porque entre la concepción imperial de los Estados Unidos, el proyecto imperial con respecto a Nicaragua, a Centroamérica y al continente en general; y la concepción nacional, nuestro proyecto nacional que pasa por el desarrollo y la consolidación de la revolución, sigue vigente esa contradicción fundamental, que es la contradicción entre la concepción soberana de América Latina y la concepción expansionista e imperial de los Estados Unidos.

El presente gobierno de los Estados Unidos adversa el proyecto revolucionario nicaragüense por ser un proyecto nacional, que contradice cualquier esquema de dominación externa y proclama la independencia, la soberanía y el no alineamiento de una nación pequeña, enclavada en el traspasito imperial, y en lo que ahora los ideólogos extremistas de la Casa Blanca llaman su cuarta frontera.

Los ideólogos de la Heritage Foundation, el Conservative Digest, del Thin Tank, Kirpatrick, Fontaine, Allen y Cia, han declarado su guerra santa contra la revolución nicaragüense basados en los viejos presupuestos del Destino Manifiesto norteamericano, en las tesis sacramentales de la expansión territorial de John Quincy Adams, y en el corolario racial y expansionista de James Monroe, Norteamérica concebida como la nación elegida por el Dios del antiguo testamento para dominar al mundo, empezando por sus territorios más vecinos.

Bajo esa concepción extrema de los adalides sureños William Walker, el filibustero que invadió Nicaragua en 1855 inscribió en el estandarte de su compañía de rifleros Five or None, los cinco países de Centroamérica, o ninguno. Esa atrabilaria concepción, iluminada por los fuegos del extremismo ideológico, campea ahora en el situation room de la Casa Blanca, en los recintos secretos de Langley y en las cavernas blindadas del Pentágono: todo Centroamérica, o nada.

De esta tradición que fundamentó en términos ideológicos y políticos el acercamiento de México en el siglo XIX, porque Estados Unidos como nación elegida no podía concebirse sino en perpetuo crecimiento, y moviendo eternamente sus fronteras, surgió también más tarde el asalto sobre Cuba y Puerto Rico, cuando la ambición ideológica imperial fue capaz de sacar a los mares del Caribe sus cañoneras y bajo el imperio de Mc Kinley, Teodoro Roosevelt y Howard Taft, el ejército de marines entrenados para imponer la sagrada ley del más fuerte, cayó sobre Panamá, Nicaragua, Haití, Santo Domingo y Honduras. Un mapa de este universo nuestro, que por desgracia los ideólogos del imperio han considerado siempre suyo, nos muestra siempre al tigre rondando, o al águila sobrevolando los mismos territorios del Caribe hermanados por la geografía, por la historia y

por la tragedia de las ocupaciones militares, los tratados leoninos, los cercenamientos de territorios, la garra de los banqueros, de las bananeras, las pandillas de visionarios del sueño maléfico del "siglo americano" que concebiría en 1945 Henry Luce, otro ideólogo ahora empresarial, del Destino Manifiesto.

Esta empresa de conquista fue coronada por la apertura del Canal de Panamá, sumum político de esta doctrina, cuya defensa a ultranza significaba la defensa de todo el mare nostrum imperial. Nicaragua, territorio canalizable, entraba también como parte de aquella presa histórica y bajo la férula de sucesivas ocupaciones luchaba por hacer sobrevivir su conciencia nacional, mientras era desangrada.

De esta amarga tradición, renovada de tiempo en tiempo de acuerdo al desarrollo de la visión de sus intereses estratégicos y sus urgencias económicas de acumulación imperial, surgió la sagrada tesis de la seguridad nacional defendida por John Foster Dulles para ocupar Guatemala en 1954, y por Lyndon Johnson para ocupar la Dominicana en 1965. Para destruir el proyecto de nuestra revolución nicaragüense, los ideólogos que se parapetan en la senectud de la administración Reagan, han remozado la vieja tesis del Destino Manifiesto bajo el nuevo corolario de la cuarta frontera: la frontera imperial que empieza donde los intereses del imperio empiezan, o donde se consideran amenazados.

Bajo semejante premisa, funciona el mito de la confrontación este-oeste en tierras de Centroamérica, y la cuarta frontera ha sido llevada por Estados Unidos hasta nuestro límite geográfico con Honduras, en donde han puesto a defenderla a los soldados del antiguo ejército de Anastasio Somoza, la Guardia Nacional, armados, entrenados, financiados y dirigidos por el Santo Oficio de ésta nueva cruzada sacrosanta, la Agencia Central de Inteligencia.

Pero los intereses imperiales hundieron sus uñas en Centroamérica aún antes de la Comuna de París, aún antes de la publicación del Manifiesto Comunista. William Walker, el filibustero de las tierras del sur prometidas de Dios, es anterior a la Primera Internacional Comunista, y ya estábamos ocupados militarmente en el Siglo XIX por los esclavistas de Alabama cuando en Rusia reinaba Alejandro II. No había por lo tanto, lucha este-oeste.

Cuando Howard Taft decidió enviar a los marines a Nicaragua en 1912 para proteger el destino manifiesto de Estados Unidos y acercarnos desde entonces a sangre y fuego su cuarta frontera, no se había producido la revolución de Octubre y los soviets no habían conquistado el poder. Y no había por lo tanto, lucha este-oeste.

Cuando los marines ocuparon de nuevo Nicaragua en 1926 y empieza la resistencia nacional del General Sandino, el Presidente Calvin Coolidge acusaba a los "bolcheviques mexicanos" de Plutarco Elías Calles, de ayudar con armas a los "bolcheviques nicaragüenses" de la revolución liberal. Y durante siete años Sandino al frente de un puñado de hombres mal armados y descalzos defiende la nacionalidad nicaragüense y nuestro derecho a existir como nación libre, frente a ese mismo poder imperial que amenaza con echarnos ahora encima otra vez su cuarta frontera. Sin que hubiera entonces confrontación este-oeste, ni la haya ahora alrededor de Nicaragua, o Centroamérica. Este es el mito, la falacia, o el pretexto más atroz y peligroso que pudo haberse inventado, peligroso como lo son todas las concepciones extremistas.

La Guardia Nacional fundada por los yanquis bajo la ocupación y derrotada por Sandino en la guerra de liberación que concluyó en 1933; la misma Guardia Nacional que asesinó después a Sandino y que fue consolidada como nuevo ejército

de ocupación por los Estados Unidos durante casi cincuenta años en Nicaragua; derrotada por nosotros, otra vez, en 1979, es reagrupada ahora por la administración Reagan en territorio de Honduras para defender su cuarta frontera, y volver a instalar en territorio de Nicaragua esa cuarta frontera, junto con su destino manifiesto y sus intereses de nación ungida por la gracia de Dios para salvar al mundo.

La Guardia Nacional de Somoza que durante medio siglo conculcó las libertades y los derechos de los nicaragüenses, que sostuvo una de las dictaduras más sanguinarias del continente, está ahí otra vez para rescatar a Nicaragua de las garras del totalitarismo, e instaurar de nuevo la democracia. La clase de democracia que defendieron durante más de medio siglo.

La verdad es que los ideólogos del think tank no quieren en Nicaragua ninguna clase de revolución, ni siquiera una revolución moderada; no quieren en Centroamérica la alteración del orden feudal, la mínima variación de los sagrados derechos acumulados durante decenios por una minoría voraz; lo que sólo conciben es el más absoluto retroceso a los tiempos felices de Somoza, a la democracia representativa de Somoza, cuando Somoza era el adelantado norteamericano en Centroamérica. Quieren una Nicaragua dispuesta a ofrecer su territorio para la instalación de bases militares en donde se entrene a los ejércitos represivos de Centroamérica, como lo han conseguido en Honduras. Quieren una Nicaragua atada a los intereses del Fondo Monetario Internacional, con una economía diseñada por los arcángeles celestiales de Milton Fridman. No quieren una Nicaragua no alineada, sino alineada, y para restablecer ese alineamiento histórico, han vuelto a armar a la Guardia Nacional de Somoza.

Porque cuando se habla de alineamiento, y no alineamiento, no hay que olvidar que durante todo este siglo Nicaragua estu-

vo alineada a la fuerza con los intereses imperiales de los Estados Unidos, con toda esa execrancia ideológica, política y militar que son las ideas expansionistas de la estrategia de dominación de los Estados Unidos.

De manera que cuando los ideólogos de la cuarta frontera hablan de la amenaza que una nación pequeña, pobre, débil y orgullosa como la nuestra representa para la seguridad nacional de los Estados Unidos, están mintiendo deliberadamente. Nicaragua en revolución, como país soberano que ha conquistado una identidad nacional, que ha accedido a un perfil histórico que le fue negado siempre, no puede ser una amenaza para la seguridad nacional de un país poderoso, de una gran potencia militar del mundo, por muy cerca que estemos de sus fronteras reales.

Pero es, sin duda, una amenaza, y sería amenaza, para la concepción imperial que coloca a los Estados Unidos como una fuerza destinada a avasallar a América Latina e imponer sus fronteras, sus intereses, sus reglas económicas, su concepto de la soberanía y su voluntad de sumisión. En este sentido, nosotros somos la primera frontera, contra esa peligrosa falacia de la cuarta frontera.

Porque los Estados Unidos enfrentados arrogantemente a Nicaragua bajo el signo de Reagan, los Estados Unidos que quiere destruir nuestra revolución, son los mismos Estados Unidos que se aliaron contra América Latina en la guerra de las Malvinas. Es esa misma concepción la que conspira contra la identidad y la independencia de la América Latina, que intenta destruir el dique que significa Nicaragua para inundar Centroamérica y después todo el continente con programas de estabilización monetaria, bases militares, tropas asesoras y regímenes represivos y verdaderamente totalitarios.

Nicaragua pelea por América Latina, del lado de Calibán, para revertir aquel viejo mito del salvaje malo; cuando hablamos de una lucha por la identidad nacional, por la independencia, estamos hablando de un enfrentamiento global de los Estados Unidos imperiales contra la América Latina.

Se trata de la lucha a muerte entre una ideología desgastada y prepotente, la ideología de la amenaza y el chantaje, en contra de la ideología por la identidad propia, por el cambio, y por el derecho que nuestros países tienen al cambio, y a escoger libremente las formas en que llevarán adelante esos cambios. Porque si decíamos al principio que la revolución nicaragüense resuelve una doble contradicción: la de la dominación externa, y la de la transformación social interna, es porque también la toma del poder revolucionario posibilita para nosotros escoger un modelo nacional de cambio social, y llevarlo adelante, desarrollarlo y profundizarlo.

La dominación imperial significó para Nicaragua no sólo la burla del sistema democrático que aparecía escrito en las constituciones somocistas, sino también la frustración permanente del crecimiento económico del país, del progreso social, de la evolución hacia formas superiores de desarrollo.

El modelo imperial de dominación que nos fue impuesto, significó la condena a cumplir a perpetuidad un papel de simple productor de materias primas en la división internacional del trabajo, condena que en términos políticos e ideológicos significaba también convencernos de nuestra imposibilidad histórica, como pueblo de tercera categoría, a aspirar a ninguna clase de independencia económica y tecnológica. Significó el saqueo y el desperdicio de nuestros recursos naturales, la institucionalización de la injusticia en las relaciones sociales, el congelamiento de un esquema económico que sus resortes culturales e

ideológicos reproducían permanentemente, y con ello, la infinita tristeza del analfabetismo, la mortalidad infantil, el atraso y la alienación cultural, el latifundio como instrumento de una concepción feudal del mundo, la imposición irracional de lo que para llamar de alguna manera se llamó industria y no eran otra cosa que un maquillaje o maquillaje; y el surgimiento, como única modernidad, de un puñado de agroexportadores, comerciantes y banqueros ajenos a la nación y a la conciencia nacional que engordaban de cara a la Florida y al american way of life. Fué la castración del crecimiento y el desarrollo, del derecho a escoger el futuro y sólo poder elegir en cambio el endeudamiento perpetuo, la fuga de recursos; y decantada por la sumisión, la copia de modelos económicos y culturales que nunca pudieron corresponderse con la realidad del país, con sus necesidades, y con sus urgencias.

Para romper con este molde de doble cerrojo es que surgió la necesidad histórica del cambio revolucionario en Nicaragua. La lucha armada, primero solitaria y después multitudinaria del Frente Sandinista, la fuerza insurreccional que abatió a la dictadura y abatió la dominación extranjera, toda esa urdimbre heroica de la revolución que ha sido el gran acontecimiento de nuestra historia, su momento crucial, no fue ideado, preparado, ni realizado por ninguna potencia continental o extracontinental. No fue calcado de textos ni repetido como lección a partir de la lectura de manuales; no fue copiado de ningún otro modelo revolucionario, sino que como necesidad histórica surgió de un aprendizaje constante, surgió de esa necesidad fundamental de sobrevivir como país, frente a la atrocidad del Destino Manifiesto; surgió de una conducción sabia del Frente Sandinista y de la participación del pueblo en la lucha, participación que no cesa en esta nueva fase en que nos empeñamos en consolidar la revolución y en derrotar a la contrarrevolución.

Esto no significa sino una correcta aplicación del pensamiento revolucionario universal, y la aplicación creativa y novedosa de los métodos científicos, de acuerdo a nuestra propia realidad, a nuestra propia tradición de lucha anti-imperialista, a las condiciones de nuestro propio pasado y de nuestra propia historia. Que injerta los valores éticos y prácticos de una concepción cristiana, apoyada por miles de laicos y muchísimos clérigos, que cree en la rendición evangélica de los humildes y los desposeídos y que cree que la Iglesia puede trabajar efectivamente por el cambio. Esta es una alianza que a algunos pareciera extraña pero que en la Nicaragua revolucionaria resulta real todos los días.

Hemos aprendido y hemos elegido sabiamente lo que debíamos aplicar a nuestra realidad, a nuestro perfil nacional, y las mejores lecciones en este sentido las recibimos de Sandino, y de su pensamiento político empeñado en darnos un perfil nacional. Por eso es que nos sentimos orgullosos de proclamar que verdaderamente tenemos un modelo revolucionario propio, un modelo revolucionario nicaragüense.

Un modelo propio y nacional de revolución, que ha alterado de manera radical la estructura social de la Nicaragua envilecida, empobrecida, y marginada que heredamos, y que ha afectado profundamente intereses económicos retardatarios que se enquistaban con malignidad histórica en la carne del país. La clase social que dominó junto con Somoza y mantuvo su hegemonía largo tiempo, fracasó en crear un modelo nacional, y desarrollar una Nicaragua propia, y gracias a que su concepción política era consustancial a la dependencia y la sumisión al modelo atrofiado que Estados Unidos ofrecían al país, frustró la posibilidad histórica de nuestra independencia, que ahora sólo la revolución y el pensamiento sandinista hacen posible.

De allí que, así como los adalides ideológicos de la administración Reagan no

quieren ningún cambio en Centroamérica ni ninguna revolución por moderada que pueda ser, tampoco los oligarcas y terratenientes, los grandes barones financieros quieren en Centroamérica la más mínima alteración de sus antiguos privilegios. En esto existe una perfecta coincidencia ideológica que conduce a la estratificación del modelo y al rechazo visceral y ciego, del cambio. Y como la revolución sandinista ha producido esos cambios en la propiedad de la tierra, en el control de los medios financieros y de las exportaciones, de la explotación de los recursos naturales, surge una solidaridad extremista con quienes en el país han visto afectados sus intereses, y cunden las ya conocidas voces de alarma del anticomunismo más cerril y estentóreo, pese a que la revolución garantiza en los hechos y en el derecho, la existencia de la economía mixta.

Porque si nuestra revolución tiene un modelo propio y es un proyecto de características nacionales, y por lo tanto hemos podido articular una línea de pensamiento que introduce aportaciones fundamentales en el desarrollo de todo el pensamiento político latinoamericano, para oponerse a la congruencia de este pensamiento y a la nueva racionalidad de este modelo que somos capaces de ofrecer como aporte, la ideología de la vieja escuela conservadora del expansionismo imperial norteamericano, y los arcaicos intereses oligárquicos centroamericanos, sólo encuentran asidero en ese disperso, malévolo y difuso espectro del anticomunismo.

Esa revuelta argamasa del anticomunismo tiene la virtud de unir a una vasta gama dentro de la reacción vociferante, que arrastra también a tímidos e incautos y trata de exorcisar a la revolución sandinista como el demonio que amenaza la propiedad sacrosanta, la religión, la patria, la tradición, la familia, junto con los intereses de occidente y la civilización cristiana, intereses que los ideólogos reaganianos dicen

defender como cruzados, junto con sus pares centroamericanos surgidos de los catafalcos y de los meandros de la historia. No se articula ningún pensamiento racional que oponer a nuestro proyecto revolucionario y a su concepción política, sino un farfuleo emotivo que no admite raciocinio, y que sólo rechaza con excesos verbales la existencia y la consolidación de un poder revolucionario genuino y creativo en Centroamérica, capaz de llevar adelante una línea propia en desafío a la destructiva costumbre de la inercia y a la corrompida tradición de dominación imperial.

Y la contrarrevolución de los guardias somocistas armados por esos ideólogos de las cavernas académicas norteamericanas que implantan sus tesis extremistas en los centros de poder de los Estados Unidos, trata de imponer en Nicaragua con la fuerza de las armas, no un modelo alternativo de cambio, no un proceso de transformaciones distinto del nuestro, sino el regreso radical al pasado del cual la revolución sandinista rescató a la nación. El regreso a la vieja dependencia, a la vieja sumisión, al alineamiento cerrado, a la entrega continuada de la soberanía, de los recursos naturales: la destrucción del proyecto de cambio que hemos venido definiendo y consolidando a lo largo de estos cuatro memorables, victoriosos y difíciles años.

Si esta fuera una mera lucha verbal, en que frente a la histeria sólo tuviéramos que oponer la razón, la empresa sería de proporciones más sencillas. Pero en las presentes condiciones, la histeria ha sido armada para llevar adelante la contrarrevolución, y tras ella, una guerra en Centroamérica, que es lo que se preparará. Nunca hemos pensado que una revolución verdadera y propia como la nuestra, y por lo tanto una revolución auténtica, no tenga que dejar engendrar por mero peso dialéctico, una contrarrevolución. Pero en las condiciones presentes de la región, la opción última de los ideólogos del imperio

es forzarnos a una guerra con Honduras, y provocar después la ocupación militar de nuestra patria, que no sería la primera que sufrimos en este siglo, y que desencadenaría un conflicto generalizado en Centroamérica.

Por eso es que esta novedad ideológica de nuestra revolución, esta piedra que ponemos en el edificio de la historia de América Latina, no podemos defenderla sólo con palabras, con ideas; también es necesario hacerlo con las armas, para que sobreviva, crezca y se multiplique y pruebe su eficacia como alternativa de cambio y de independencia en el continente. Probar que hay una vía nueva, que puede funcionar, prueba a la vez que hay una vía nueva para cada país latinoamericano, que es posible el cambio auténtico y propio. Y a eso le tienen horror los extremistas norteamericanos.

Defendemos nuestro derecho a la independencia, a la soberanía a la construcción de un proyecto político nacional cuya autenticidad probamos en nuestra propia experiencia y en nuestra propia historia; defendemos nuestro derecho de contribuir en términos dinámicos al progreso social de América Latina.

Defendemos nuestro derecho al no alineamiento, a demostrar que es posible la independencia plena y el libre albedrío para un país pequeño, pobre y débil, que puede establecer relaciones dignas y respetuosas con todos los países y con todas las potencias, incluyendo a los Estados Unidos.

Defendemos nuestro derecho al cambio social profundo, a la alteración de la realidad de injusticia que recibimos, a la transformación de la sociedad arcaica que heredamos. Nuestro derecho a utilizar nuestros recursos naturales para el desarrollo nacional, nuestros recursos financieros, toda nuestra potencia de pueblo libre y creador. Nuestro derecho a la reforma agraria,

a entregar la tierra a los campesinos, a organizar cooperativas, nuestro derecho a alfabetizar, a erradicar las enfermedades infantiles, a cambiar los estándares de educación y salud, de vivienda, de bienestar, de trabajo, a lograr la ocupación plena, a desarrollar las zonas del país antes olvidadas, a lograr la independencia energética, a vivir con fronteras seguras y bajo condiciones permanentes de paz.

Defendemos nuestro derecho a desarrollar en el país una economía mixta, con una estrategia global de desarrollo económico donde exista la propiedad pública, la propiedad social y la propiedad privada, bajo un sistema jurídico nuevo que garantice incluso las inversiones extranjeras de manera racional y de acuerdo a los intereses nacionales.

Defendemos nuestro derecho a buscar el modelo político que convenga a nuestras necesidades de organización democrática; al pluralismo político, al funcionamiento de los partidos de distinto signo ideológico, el derecho a tener relaciones y no guerra.

Defendemos por lo tanto tres principios básicos de la revolución sandinista, el pluralismo, la economía mixta y el no alineamiento. Y defendemos también el derecho a defendernos, el derecho a garantizar la supervivencia de la revolución, sin lo cual las ideas, las palabras y las intenciones tendrían que pasar a los museos de América Latina, llenos ya de suficientes ideas, palabras e intenciones que fueron derrotadas, o nunca pudieron salir de las matrices iluminadas en que fueron concebidas. Revolución para nosotros son ideas, pero también praxis continua. Revolución es hacer la revolución. Escribir la historia es hacer la historia, como la escribió Bolívar y la hizo Bolívar.

Por lo tanto:

a) Rechazamos la guerra en Centroamérica como solución al conflicto que Estados

Unidos ha creado a la región. Queremos y necesitamos la paz, y por eso hemos apoyado los esfuerzos del Grupo de países de Contadora, y los seguiremos apoyando.

b) Rechazamos que las tensiones y los conflictos sociales en Centroamérica son producto de la confrontación entre este y oeste. Son las condiciones de injusticia secular, comunes a la gran mayoría de países de América Latina, y la dominación económica externa, los responsables de esas tensiones, que tienen que ser resueltas con cambios profundos, dirigidos por los propios pueblos de cada país.

c) Rechazamos que nosotros queremos exportar nuestra revolución. Las revoluciones, como hechos históricos no se exportan. Pero en el sistema de vasos comunicantes ideológicos que ha sido siempre Centroamérica, nadie evitará que las ideas renovadoras que llenan de esperanza a los pueblos, pasan de un país a otros, como han estado pasando en América Latina desde el siglo XIX y desde Bolívar.

d) Rechazamos que Estados Unidos, en nombre de cualquier doctrina extremista de expansión, se arrogue el derecho de decidir qué conviene a los pueblos de Centroamérica, y qué curso deben dar a su historia.

e) Los nicaragüenses reivindicamos nuestro derecho soberano a llevar adelante un proceso revolucionario propio y a establecer una forma democrática propia. Ese mismo derecho nos asiste para alterar profundamente las estructuras injustas que recibimos en herencia, el derecho de construir de nuevo el país que los Estados Unidos destruyeron social y políticamente.

Lo contrario sería aceptar que la inercia histórica y social es lo único posible, por ser lo único que no molesta a los Estados Unidos. Que sería lo mismo que aceptar que América Latina está condenada a la inercia y los Estados Unidos destinados a "plagar de miseria y muerte a nuestra América" como señaló a su tiempo Bolívar.

Bolívar que también escribía para nosotros, los nicaragüenses en revolución y los latinoamericanos de esta era de cambios y desafíos, estas palabras proféticas en la Carta de Jamaica: "El velo se ha rasgado y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos".

Impedir que se nos regrese a las tinieblas, es nuestro desafío.

Caracas, 28 de Junio de 1983